

CARDENAL FRANZ KÖNIG

ABIERTO A DIOS,
ABIERTO AL MUNDO
POR UNA IGLESIA DIALOGANTE

DESCLÉE DE BROUWER

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN: EL CARDENAL KÖNIG Y «SU» <i>TABLET</i> , POR <i>CHRISTA PONGRATZ-LIPPIT</i>	13
1. EL VATICANO II, MOMENTO CULMINANTE DE MI VIDA	27
2. EL DIÁLOGO DENTRO DE LA IGLESIA	43
3. EL DIÁLOGO ECUMÉNICO	63
4. EL DIÁLOGO ENTRE CRISTIANOS Y JUDÍOS	95
5. EL DIÁLOGO ENTRE CRISTIANOS Y MUSULMANES	111
6. EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO	123
7. EL DIÁLOGO CON LOS NO CREYENTES	133
8. EL MÁS IMPORTANTE DE TODOS LOS DIÁLOGOS: EL DIÁLOGO CON DIOS	147
9. TIEMPO PARA LEER LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS. RELIGIÓN Y CRISTIANISMO EN EL CAMBIO DE MILENIO	157
CRONOLOGÍA DE LA VIDA DEL CARDENAL FRANZ KÖNIG	175

INTRODUCCIÓN: EL CARDENAL KÖNIG Y «SU» *TABLET*

La primera vez que oí hablar de Franz König fue en 1956. Yo trabajaba en el Ministerio de Defensa en Londres cuando un amigo austriaco me llamó para decirme que tenía «una gran noticia». Franz König –«un hombre sencillamente maravilloso»– había sido nombrado arzobispo de Viena. Tres años más tarde me casé con un austriaco y me trasladé a Austria, donde sigo residiendo actualmente. En una visita a Roma en 1962 nos hospedamos en casa de un tío de mi esposo, que era el embajador holandés ante la Santa Sede en aquel momento. En la ciudad, obviamente, todo el mundo hablaba del concilio. Nuestros anfitriones ofrecieron varias cenas mientras estábamos allí, y en una de aquellas ocasiones estuve sentada junto a un monseñor alemán, cuyo nombre olvidé hace mucho tiempo, que se pasó toda la sobremesa hablándome sobre el cardenal König y lo afortunados que éramos en Austria por tener un cardenal tan brillante y maravilloso. Me dijo que König hablaba varias lenguas con fluidez y que incluso había aprendido ruso por sí solo. Esto despertó mi curiosidad, pues había estudiado ruso en Oxford y me impresionaba mucho que alguien pudiera aprender por sí mismo a hablarlo con fluidez. Más tarde el cardenal me explicó que, aun cuando había comprado una gramática rusa poco después de terminar

los estudios preuniversitarios, no avanzó demasiado. Pero más tarde encontró un excelente profesor nativo que le enseñó en Francia.

A partir de aquella cena romana estuve muy atenta a todo lo que el cardenal escribía o decía en la radio, y mis primeros recortes de periódicos sobre él —que con el paso del tiempo se han vuelto amarillos y frágiles— se remontan a finales de la década de 1960. Yo estaba particularmente interesada en sus viajes a la Europa del Este durante la Guerra Fría.

No llegué a conocer personalmente al cardenal hasta que fui nombrada corresponsal de *The Tablet* en Viena a finales de la década de 1980. Después de una de mis primeras conferencias de prensa el cardenal se acercó a mí y me dijo en inglés: «Así pues, *Tablet* [él nunca usaba el artículo determinado] tiene ahora una corresponsal en Viena. ¡Fantástico! ¿Estará usted mucho tiempo?». Cuando le dije que residía permanentemente en Viena y que *The Tablet* me había pedido que informara «ocasionalmente» siempre que hubiera alguna noticia «de importancia para el mundo», el cardenal me dijo que Viena era «un lugar bastante tranquilo» en lo relativo a las noticias de la Iglesia, pero me preguntó si podía telefonarme ocasionalmente para hablar sobre *The Tablet* y practicar inglés. Desde entonces me llamó por teléfono regularmente.

Me dijo que había leído *The Tablet* desde sus tiempos de estudiante en Roma a finales de la década de 1920, excepto durante los años de la guerra, y que había conocido bastante bien a Douglas Woodruff, director de la publicación de 1936 a 1967. Cuando el padre Jacob Gapp, un sacerdote austriaco que se negó a decir: «Heil, Hitler!» y fue ejecutado por los nazis en la segunda gue-

rra mundial, fue beatificado en 1996 y el cardenal se enteró de que una de las razones de la ejecución de Gapp fue que había distribuido *The Tablet* en España, me pidió que la próxima vez que fuera a Londres le fotocopiara algunos números de los años de la guerra. Los estudió con gran interés e incluso encontró un detallado informe sobre un sacerdote esloveno a quien él conocía, que había sido alertado a tiempo y había huido a Italia antes de que la Gestapo pudiera arrestarlo. El hombre de la Gestapo que le alertó le recordó que Hitler estaba decidido no sólo a exterminar a todos los judíos sino también a todos los sacerdotes católicos y que el mero hecho de que existiera y dijera misa era considerado una propaganda antinazi. Si no hubiera huido, lo habrían mandado a un campo de concentración donde los sacerdotes y religiosos eran tratados «como perros».

«¡Qué no habría dado yo por poder leer mi *Tablet* en aquellos años!», dijo König tranquilamente. «Muy pocas veces recibíamos alguna información de lo que estaba sucediendo realmente, sólo cuando alguno de nosotros conseguía escuchar la BBC... En efecto, fue un tiempo terrible».

König amaba Inglaterra, la lengua inglesa y el modo de vida inglés. «Por el hecho de haber nacido en un pequeño pueblo de la Baja Austria meridional, donde todos éramos católicos y hablábamos sólo alemán, recuerdo cómo me impresionó mi primera visita a Inglaterra a principios de la década de 1930 por esa aura del gran y ancho mundo. De repente me vi rodeado por personas que estaban más familiarizadas con la India, Australia, Canadá y Sudáfrica que con Europa, y la mayoría no eran católicas». Siempre dijo que lo que más le impresionaba de los ingleses era su tolerancia. Pero lo

que más le interesó fue, claro está, la situación de la Iglesia católica en Inglaterra, que era tan diferente de la situación de la Iglesia en Austria. Se sintió fascinado por los convertidos del anglicanismo. Era un gran admirador de John Henry Newman y visitó Littlemore en varias ocasiones. «Durante el Vaticano II sentí a veces literalmente la presencia de Newman», dijo en una ocasión.

Pronto me acostumbré a tener siempre cerca el último número de *The Tablet* por si el cardenal llamaba, pues solía hacerme muchas preguntas. «¿Ha leído el artículo de tal página? ¡Realmente fascinante! ¿Quién es el autor? ¿Es católico de nacimiento o un convertido? ¿Podría averiguarlo, por favor, para mí y tal vez pedir al señor Wilkins su dirección?». Era frecuente que, como consecuencia, el cardenal y el autor mantuvieran una viva correspondencia. En una ocasión, cuando sabía que íbamos a necesitar el Evangelio de San Juan para una entrevista sobre el diálogo interreligioso, llevé conmigo mi Pocket Canon. «¿Qué es eso?», preguntó el cardenal inmediatamente. Le informé acerca de los Pocket Canons, de cómo cada uno contiene una introducción escrita por un célebre autor contemporáneo y de que algunos de esos autores no eran creyentes. Sonrió alegremente mientras sostenía el minúsculo volumen en sus manos. «¡Qué idea tan maravillosa!», dijo. «Siempre podré llevar uno en el bolsillo». E inmediatamente pidió la serie completa. No obstante, no me libré de las preguntas habituales: «¿Quién editó los Pocket Canons? ¿Cómo llegó a tener una idea tan brillante? ¿Era creyente?», etcétera. Y después de estudiar el catálogo de la exposición «Seeing Salvation», insistió en escribir a Neil McGregor, a la sazón director de la National Gallery, que había organizado la exposición.

No era siempre fácil actuar como intermediaria entre el cardenal y el jefe de redacción. Recuerdo que en una ocasión en que nos encontrábamos en medio de un pasaje particularmente difícil y delicado, el jefe de redacción me telefoneó desde Londres y me dijo: «¿Podría conseguir que el cardenal “*bite the bullet*”?». (Esta expresión, que significa literalmente «morder la bala», se puede traducir por «hacer de la necesidad virtud»). Cuando pude ponerme en contacto con el cardenal, que se encontraba a varios kilómetros de distancia de Viena en un hotel de las montañas, ya había anochecido. «*Bite the bullet?*», dijo. «Nunca antes había oído esta expresión, pero puedo imaginar lo que el jefe de redacción quiere decir. Suena un poco beligerante para un cardenal que ama la paz, pero veamos qué podemos hacer». Hizo de la necesidad virtud, pero amablemente, y concluimos el artículo en la hora límite, pues era casi medianoche cuando terminamos.

König era un lector voraz y a menudo leía dos libros sobre el mismo tema simultáneamente. Estudiaba las reseñas de libros publicadas en *The Tablet* con especial interés y a menudo acudía a mí para que le facilitara algunos libros. Cuando se publicó la reseña del libro de Jacques Dupuis, *Toward a Christian Theology of Religious Pluralism* [*Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*], en *The Tablet*, en enero de 1998, el cardenal me telefoneó de inmediato y me pidió que se lo consiguiera lo antes posible, ya que no podía esperar para leerlo. En cuanto lo leyó, me llamó para decirme que le había parecido realmente fascinante y que lo consideraba una contribución muy importante para el actual diálogo interreligioso. Sólo unos meses después, en noviembre de aquel mismo año, la Congregación para

la Doctrina de la Fe inició una investigación sobre algunas de las ideas expresadas por Dupuis en el libro. Una vez más, König me telefoneó de inmediato para comunicarme que deseaba defender al padre Dupuis en *The Tablet*. El cardenal era una persona tranquila por naturaleza y raramente mostraba sus sentimientos, pero estaba bastante claro que se sentía profundamente molesto, especialmente cuando se enteró de que el padre Dupuis había caído enfermo y había sido ingresado en un hospital. Dedicamos los días siguientes a preparar el artículo «In defence of Fr Dupuis», que se publicó en *The Tablet* el 16 de enero de 1999.

A principios de marzo recibí un día una llamada del jefe de redacción a primera hora de la mañana. Me dijo que había recibido la traducción inglesa de una carta dirigida al cardenal König, y firmada por el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el cardenal Joseph Ratzinger, con una invitación a publicarla en *The Tablet*. Me pidió que llamara a König, el cual habría recibido también mientras tanto la carta del cardenal Ratzinger, y le preguntara si podía responder a la carta de Ratzinger de modo que se publicaran las dos en el número siguiente de *The Tablet*. Cuando le expliqué al cardenal la situación por teléfono un poco después, se detuvo por un momento y dijo en un tono más tranquilo de lo habitual: «Es un día de primavera maravilloso, el primero que hemos tenido este año. Voy a dar un largo paseo y le aconsejaría a usted que hiciera lo mismo. Por favor, dígame al señor Wilkins que lo pensaré y pídale que me llame por teléfono al anochecer». Aquella noche dictó una breve respuesta por teléfono en alemán y, después de revisar la traducción inglesa conmigo, la envié por correo electrónico a Londres. Ambas cartas fueron publicadas en

The Tablet y causaron bastante sensación. Un intercambio de opiniones de estas características entre dos cardenales de la Iglesia católica no era ciertamente algo que ocurriera todos los días.

En julio de 2003, Jacques Dupuis viajó a Viena expresamente para agradecer al cardenal, a quien nunca había visto en persona, su defensa. El cardenal me pidió que comiera con ellos, y después pasamos tres horas conversando sobre el futuro del diálogo interreligioso y el último libro del padre Dupuis, *Christianity and the Religions* [*El cristianismo y las religiones*]. Dupuis estaba aún muy dolido por la investigación acerca de su libro. Obviamente estaba profundamente agradecido por el apoyo del cardenal y parecía que seguía buscando el consuelo de König. Ésta fue ciertamente una de las entrevistas más difíciles de mi vida. Nos encontrábamos en medio de una ola de calor con temperaturas próximas a los 40° C. Como Dupuis no hablaba alemán, conversaban en inglés; pero no era su lengua nativa, de modo que con frecuencia empleaban el italiano o el francés, o el cardenal me explicaba en alemán alguna idea difícil y me pedía que la tradujera. No obstante, aquel diálogo de tres horas es interesante y ahora que ninguno de los dos interlocutores está ya con nosotros, tal vez un día podría tener interés histórico.

Cuando los lectores de todo el mundo empezaron a responder a los artículos del cardenal en *The Tablet*, en una ocasión me encontré en el contestador el siguiente mensaje que él me había dejado: «*Tablet* me está convirtiendo en una “estrella de *Tablet*”, pero yo no soy una estrella. ¿Por qué nunca menciona mis numerosos fallos?».

Cuando el cardenal Hume recibió el OBE (Officer of the Order of British Empire = Oficial de la Orden del

Imperio Británico) en 1999, König se sintió conmovido. «¡Qué honor para el cardenal y para la Iglesia!», me dijo por teléfono y me pidió que lo ayudara a escribir un telegrama. Después de dictar lo que quería decir durante un largo rato, no pude dejar de hacerle notar que iba a costar mucho dinero. «No había pensado en ello», dijo König, «pero ¿acaso el cardenal Hume no se lo merece?». Claro que se lo merece, le aseguré, pero acordamos que preguntaría el importe al telegrafista y volvería a llamarle. El telegrafista no sabía nada de inglés, de modo que le dicté pacientemente cada palabra letra por letra. Después de un rato, me dijo: «¡Esto le va a costar al cardenal una pequeña fortuna! Y, de todas formas, no lo recibirán hasta el martes, porque hasta ese día no reciben telegramas en Inglaterra». Era sábado y el cardenal estaba contrariado. No se podía esperar hasta el martes. El telegrama tenía que llegar ese mismo día. Le dije que la única alternativa era enviar un fax. «¡Perfecto! Hágalo usted», dijo. No obstante, tuve que recordarle que había una dificultad, a saber, él tenía que firmar el fax, y yo tenía que volver para recoger su firma. Entonces hizo una pasusa y dijo: «Temo tener que decepcionarla. Usted tiene ya muchas de mis firmas. Practique firmando “Cardenal Franz König” en un trozo de papel y no se olvide de hacerlo de forma vacilante. Puedo asegurarle que al cardenal Hume no le importará en absoluto». Unas semanas después falleció el cardenal Hume. König estaba muy triste. «Teníamos mucho en común», dijo.

En 1999, König accedió a ser el conferenciante invitado en el *The Tablet Open Day*. Viajamos a Londres a principios de septiembre. La doctora Annemarie Fenzl, directora del Archivo Diocesano de Viena, que acompañó al cardenal en todos los viajes que realizó en los últi-

mos años de su vida, vino con nosotros. Partimos en el primer avión, lo cual supuso que tuvimos que levantarnos a una hora intempestiva. Cuando le pregunté al cardenal por qué madrugábamos tanto, me dijo que tenía ya varios desayunos de trabajo en Londres y un programa completo para los cuatro próximos días. Casi lo perdemos en el aeropuerto de Viena, porque tenía la costumbre de pasar de un lado para otro para charlar con la gente que conocía. Había desayunado antes de salir, pero disfrutó mucho almorzando en el avión e incluso pidió un segundo plato de huevos revueltos. «Desayunar como un rey, comer con los amigos y no tomar nada después de las cuatro y media de la tarde» fue el lema que mantuvo hasta los últimos años de su vida.

Una de los primeros lugares visitados por el cardenal fue la catedral de Westminster. Después de pasar un largo rato rezando ante la tumba del cardenal Hume en la capilla de San Agustín, celebró misa en la cripta. Más tarde, cuando nos encontrábamos en la escalinata de la catedral bajo el cálido sol de septiembre, respiró profundamente y dijo: «Me pregunto por qué siempre he sentido que el aire en este país es más libre que en otras partes».

En una comida que la embajada austriaca ofreció para él en el primer día de nuestra visita a Londres, König recordó cómo, en su primera visita a Inglaterra, cuando era un joven sacerdote en la década de 1930, decidió acudir un domingo a una celebración anglicana. Le sorprendió hasta qué punto se parecía a una misa católica. Después de la celebración se dirigió a la sacristía, se presentó al sacerdote y le preguntó cuáles eran las diferencias. El sacerdote se quedó pensativo un momento y después dijo, sonriendo: «Hay una diferencia. Nosotros tenemos una oración colecta y los católicos tienen dos».

Al día siguiente fuimos a los estudios de televisión de Londres para acudir a una entrevista del programa religioso *The Sunday Review*. Me habían dicho que preguntarían al cardenal por qué tantas personas abandonaban la Iglesia, pues éste era el tema de su discurso para el Open Day. La doctora Fenzl y yo estábamos siguiendo la entrevista en directo, en el estudio contiguo, cuando la entrevistadora hizo de repente al cardenal una pregunta totalmente inesperada. Le explicó que el gobierno estaba muy preocupado por el incremento del número de embarazos de adolescentes en Inglaterra y que el arzobispo de Canterbury había dicho recientemente que «el uso de la píldora del día después podía ser parte de una solución para ayudar a impedir los embarazos de adolescentes». ¿No era esto enviar un mensaje muy confuso a los jóvenes cristianos? No teníamos de qué preocuparnos. El cardenal no pestañeó y dijo que pensaba que era excelente y muy interesante que el gobierno inglés y las Iglesias debatieran sobre cuestiones morales, algo que, lamentablemente, no sucedía en Austria.

Cuando regresábamos al hotel desde el estudio, el cardenal anunció de pronto un cambio de planes. En vez de comer pronto y después echar la siesta, como estaba planeado, iba a llamar a un amigo a quien quería ver particularmente y saldríamos a comer fuera. Cuando llegamos al hotel era ya mediodía. Antes de subir a su habitación para asearse, el cardenal se volvió a mí y me dijo: «Desearía comer en un pequeño restaurante italiano, que esté cerca del hotel para que podamos ir caminando. No es preciso que sea elegante, pero me gustaría que no estuviera muy lleno y que el propietario fuera italiano, de modo que pudiéramos conversar. ¿Podría ser dentro de veinte minutos?». Y me quedé en el vestíbulo, diciendo

entre dientes: «Cerca del hotel, que no esté muy lleno, que el propietario sea italiano, dentro de veinte minutos...». Me dirigí confusa al recepcionista del hotel, aunque casi no me atrevía a contarle mi problema. Pero tuvimos suerte. Había un pequeño restaurante italiano a la vuelta de la esquina y el propietario era italiano. Éste recibió al cardenal con los brazos abiertos, lo saludó en italiano y el cardenal se mostró encantado.

Aquella tarde, después de que el cardenal pronunciara su conferencia del Open Day en la Church House, el jefe de redacción se perdió cuando nos llevaba a la sala donde iba a tener lugar la recepción. Fuimos a parar a la bodega, en una aventura con la que el cardenal disfrutó inmensamente y a la que después se refirió con frecuencia, y finalmente llegamos a la Sala del sínodo. «Así pues, aquí fue donde se tomó la decisión de ordenar mujeres», dijo el cardenal mientras miraba a su alrededor lleno de asombro. «Estoy pisando un terreno histórico».

Durante mucho tiempo traté de persuadir al cardenal para que publicara en inglés algunas de sus obras, pero durante años se limitó a sacudir la cabeza cada vez que se lo pedía. Finalmente, pude persuadirlo de que no era propio de él publicar sólo en el mundo de lengua alemana. En el verano de 2003 me preguntó si podría encontrar un editor inglés. Cuando lo llamé desde Londres para decirle que pensaba que lo había encontrado, se sintió emocionado.

En el mes de agosto se cayó y hubo de sufrir una intervención quirúrgica en la cadera, pero se recuperó admirablemente. En el mes de noviembre recuperó su ritmo de trabajo habitual. Se apoyaba con fuerza en su báculo mientras caminaba por el pasillo. «¡Quién iba a pensar que un báculo de obispo iba a resultar más útil que unas muletas!», dijo en uno de sus primeros paseos.

Lo entrevisté por última vez tres semanas antes de su muerte. Después, sencillamente conversábamos cada vez que me invitaba, o le leía textos de *The Living Spirit*, una columna de *The Tablet* que él apreciaba especialmente. Solía pedirme que reuniera todos los textos de Newman que pudiera encontrar. En una de mis últimas visitas me dijo que acababa de añadir otra pregunta a la larga lista que había decidido presentar a su Hacedor. Me dijo que ésta sería la primera pregunta: «¿Por qué se me ha permitido morir de un modo tan privilegiado cuando tantas personas sufren sobremanera y mueren de un modo terrible? Ansío escuchar la respuesta». Cuando vio la expresión de preocupación en mi rostro, dijo rápidamente: «Será muy diferente de cualquier cosa que podamos imaginar. Todo lo que sé es que será maravilloso. Prométame que seguirá siendo críticamente leal y mantendrá *The Tablet*. La Iglesia la necesita». La semana antes de morir preguntó con impaciencia por qué *The Tablet* no había llegado aún. Se recibió al día siguiente y él pudo hojear aquel número. Murió pacíficamente mientras dormía, tres días después.

Espero haber redactado nuestras entrevistas como él hubiera deseado y sin cometer ningún error. Estábamos tan acostumbrados a trabajar juntos que a menudo se paraba en medio de una frase y decía: «Lo revisaremos cuando usted lo haya escrito». Pero ahora ya no es posible. Él ha dejado un gran vacío, no sólo en mi vida sino también en la de otras muchas personas.

Pienso que él habría deseado concluir esta introducción con un credo que escribió en noviembre de 2003, el último adviento de su vida, para el padre George Sporschill, un jesuita que trabaja con los niños de la calle en Rumanía y Moldavia y a quien él admiraba extraordinariamente.

Para el padre George
EN EL ATARDECER DE MI VIDA

Creo en Dios, nuestro Padre,
creador del cielo y de la tierra.
Muchos pueblos que hablan lenguas diferentes y tienen
religiones diferentes caminan hacia ti.
¡Que encuentren refugio en ti todos los que te buscan!

Creo en Jesucristo,
que proclamó el Reino de Dios en este mundo pasajero.
Ayuda todos los que tratan de oír tu voz,
a los fuertes y a los débiles,
a los ancianos y a los jóvenes.
Llámalos a servirte de modo que puedan aprender
a ser hermanos y hermanas unos de otros.

Creo en el Espíritu Santo,
que fortalece nuestros buenos pensamientos.
A ti te encomiendo a todos los que preguntan y buscan,
pero también a quienes saben.
Todos esperan tu palabra.
Que busquen la verdad en el amor.

En el atardecer de mi vida te doy gracias, querido Dios,
por mi Iglesia, que está contigo en su camino a través del
tiempo.
Que tus mensajeros protejan y guíen a nuestros hijos.
Ayúdanos, junto con tus ángeles y con los niños
a renovar y hacer más pacífica la faz de la tierra.

Pongo en tus manos mi vida
y la de todos los seres humanos.

† *Cardenal Franz König, Adviento de 2003*

CHRISTA PONGRATZ-LIPPITT